

# Estado y perspectivas del libro hoy

## ¿Editar literatura o hacer libros?

Fernando Morlanes Remiro

Pensamientos sueltos sobre la literatura en nuestro tiempo que terminan por llevarnos a un puerto.



Libro, Miguel Sanz

T.S. Eliot, a principios del siglo XX, ya opinaba que: “Las vastas acumulaciones de conocimiento o al menos de información depositadas por el siglo XIX han sido las responsables de una ignorancia igualmente extensa”<sup>1</sup>. Me intriga pensar qué opinaría hoy de la vertiginosa velocidad de nuestras redes de comunicación. En mi opinión, estamos algo más que aturdidos, rebasados por la situación. Y en un tiempo en el que los políticos, los medios de comunicación y los profesionales de la publicidad (incluyo aquí a las grandes compañías) son tan aficionados a crear y a utilizar eufemismos (reyes de la confusión) resulta casi imposible llegar a tener una mínima idea de lo que ocurre a nuestro alrededor.

Ahora, a gran velocidad, el conocimiento “sopla en el viento” de las ondas vibrantes y radioactivas de la electrónica haciendo imposible su clasificación y ordenamiento racional.

<sup>1</sup> Eliot, Thomas Stearns. “El crítico perfecto” en *El bosque sagrado*. Bilingües de Base, Madrid, 2004.

Los lectores de hoy se asoman abrumados a las redes y picotean; leen un trocito de aquí, otro de allá... y, al final, obedeciendo a Eliot acaban sumidos en la más absoluta ignorancia.

“ Los lectores de hoy se asoman abrumados a las redes y picotean. ”

¿En qué barco navegará ahora la literatura? ¿Tendrá sentido su escritura? Allí, en su soledad, está el escritor anestesiado, volcado en su obra durante horas, días, meses, tal vez años y al final... un pinchacito en la red, un pasar la vista por encima de las dos o tres primeras (o vaya usted a saber cuáles) líneas y su lector se perderá por cualquier otro enlace cibernético.

Tengo amigos que han vivido por y para la literatura y que son de la opinión de que nadie puede dedicarse seriamente a ella pensando en ganar dinero. Creo que tienen razón, pero

observando el presente y el futuro que dicen que nos espera, pienso que tampoco podrá nadie imaginar siquiera que aquello que edita o escribe va a tener un lector. Ni siquiera la gente poco seria que invade el mundo de las letras, esa que antes de ponerse a escribir y a editar realiza estudios de mercado, busca nichos sin explotar, temas con los que el público pueda entretenerse sin pensar; buscan ventas seguras. Se me quitan las ganas de leer sus obras ¿Acaso tienen algo que decir? Tal vez consuele pensar que también ellos serán picoteados en la red y abandonados al fin.

Por eso me parece improductiva esa batalla ficticia entre el libro de papel y el libro electrónico. Todo acabará en lo mismo. Mucho más si continúan insistiendo en la muerte del libro tradicional. ¿Se ha preguntado alguien si el papel tiene alguna virtud que no posea el *ebook* o el *blog*? La ley del mínimo esfuerzo ocupa todos los territorios; también el de la lectura. Buscamos historias, mensajes cortos y directos. No tenemos tiempo que

perder. Vemos como los microrrelatos y los haikus se han convertido en los géneros literarios más consumidos — No pretendo quitar categoría literaria a estos géneros—. Nuestra mente, al menos ante la lectura, está cambiando. Las redes sociales, las búsquedas en Internet, la proliferación de *blogs* nos empujan a recorrer ansiosamente páginas y páginas en busca de un conocimiento que cada día presentimos más lejano. El papel es otra cosa; para el creador, el escritor, el papel le obliga a considerar una dimensión única para su obra. El papel es la definición concreta del continente de la obra (el contenido), mientras que lo que escribimos en la red no está obligado a tener un principio y un fin, su continente es infinito y el contenido no está obligado a adaptarse, porque carece de importancia: “El mensaje es el medio” —resulta obligado recordar a McLuhan—; el medio abruma al creador y al lector. En las redes resulta más vital ser breve que presentar historias (incluso ideas) completas; porque se nos ha infundido la idea de que la red (Internet) está hecha para navegar; sin embargo, Pessoa dice que “los barcos no están hechos para navegar, si no para llegar a un puerto”<sup>2</sup>; pensamiento poco práctico hoy que se puede recorrer tanto territorio en instantes de tiempo apenas perceptibles. No obstante, existen pensamientos más cercanos que no dejan de señalar en esa dirección pessoana. Concibe Bauman<sup>3</sup> la idea de que hemos sido peregrinos, hemos estado caminando *hacia*, dando siempre un sentido a nuestros pasos; pero con el tiempo nos hemos convertido en turistas, en transeúntes, en meros paseantes. Los lectores y los escritores también sufren esas transformaciones: la posmodernidad, el mercado y las redes arrastran demasiado a la hora de enfrentarse a la hoja en blanco o ya escrita.

2 Pessoa, Fernando. *El libro del desasosiego*. Acanalado, Barcelona, 2002.

3 Bauman, Zigmunt. “De peregrino a turista, o una breve historia de la identidad” en *Cuestiones de identidad cultural*, Stuart Hall y Paul du Gay. Amorrortu, Buenos Aires, 2003.

“ Hoy todo el mundo escribe —muchos lo hacen bien— y entre tantos fardos de palabras solo destacan las estulticias. ”

Todo esto sucede porque estamos hechos a confundir la literatura con la industria literaria (esto ocurre en todas las artes; incluso, en todas las manifestaciones culturales), la cultura con el ocio. Así es, hemos convertido la literatura en un pasatiempo que no tiene como objetivo cimentar y aumentar nuestros conocimientos o provocar experiencias placenteras, sentimientos de satisfacción... No. La literatura, en el mejor de los casos, debe servir de comentario en la peluquería. Hoy todo el mundo escribe —muchos lo hacen bien— y entre tantos fardos de palabras solo destacan las estulticias. ¿Por qué? Porque dejamos que nos impongan nuestras lecturas y, lo que es más grave, dejamos que nos las imponga cualquiera: las grandes multinacionales, los grandes medios de comunicación, las grandes editoriales... Cuando enfermamos queremos, salvo raras excepciones, que nos vea un médico; cuando se nos estropea el coche vamos a ver a nuestro mecánico; pero cuando queremos leer buscamos el título con el que nos han estado bombardeando desde la televisión o entramos en unos grandes almacenes debiendo elegir entre una plaga de *best seller* que nos rodean y agobian. Debemos exigir que nuestras lecturas sean el resultado final del trabajo de unos profesionales —Profesionales en el sentido de gente que sabe crear literatura y está formado en cuestiones literarias; no es preciso que vivan de ello (si lo hacen, mejor para ellos) —. Debemos confiar en escritores que tengan algo que decir. Para que podamos conocer a esos escritores es preciso que las editoriales (tradicionales o digitales) estén en manos de verdaderos editores.

Me explicaré. Las editoriales que no atiendan sus problemas presupuestarios y su cuenta de resultados serán todavía más ruinosas de lo que ya lo son hoy en día la mayoría. Es preciso pues tener una visión empresarial que proponga ideas sobre la transformación del producto y su puesta de largo en el mercado; pero esa es una tarea posterior y subordinada a la de creación y edición. Antes, totalmente abstraídos de su resultado mercantil el escritor y el editor trabajan la obra. El escritor presenta al editor el legajo de su obra, que ya cree acabada. El editor decide si merece la pena trabajar en esa obra, que rara vez estará acabada; tras asumir el trabajo, el editor debe desarrollar una ardua labor crítica, debe dejar al escritor en carne viva, debe dejar al descubierto lo peor del escritor para poder corregirlo, en el peor de los casos, disimular esos defectos. Una vez concluido ese trabajo presentan el resultado a la editorial (empresa) y le dicen: “Esto es lo que tenéis que vender”. La editorial tratará el asunto para que el mercado pueda admitir esa obra de la mejor forma posible: diseño, maquetación, impresión, presentación, distribución, comercialización y publicidad sobre las virtudes de la obra y del escritor. Así sería posible leer buena literatura hasta en Internet.

“ El editor debe desarrollar una ardua labor crítica, debe dejar al escritor en carne viva. ”

Hay que esforzarse pues en editar literatura en papel o en la red o en las paredes, pero intentando asegurarnos de que lo que editamos es literatura con un valor constructivo, que ayude a asentar y aumentar nuestro conocimiento, que nos ofrezca una experiencia placentera, que nos llene de satisfacción. Esa es la literatura que deben ofrecer los profesionales. Lo demás es hacer libros.